

Envejecimiento y Cultura

Por una sociedad para todas las edades.

Archivos Mensuales: agosto 2012

El Envejecimiento y la Vejez: Elementos para la Reflexión Sobre su Multidimensionalidad.

AGO 29

Publicado por [aosconsultores](#)

Eugenio Gutiérrez Valpuesta

Director de

Años Consultores



(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/memoria2.jpg>)1. A modo de compartir algunos antecedentes sobre *la diversidad espacio-temporal del envejecimiento y la vejez*, podemos señalar que *la literatura etnográfica*[1], nos informa de una notable diversidad en las formas que las sociedades tratan a este proceso. Con frecuencia, como suele suceder con lo humano, se trata de descripciones que aunque dejan muchas preguntas abiertas, resultan de mucho interés. Estas descripciones nos informan, por ejemplo, que una misma práctica social ya sea de abandono o de asesinato o de muerte asistida del viejo, en una comunidad puede estar acompañada de expresiones de menosprecio de sus congéneres y, en otra, acompañada de abiertas expresiones de cariño. En otros casos, aun cuando hay unos pueblos en los que las gentes de edad son socialmente respetadas y queridas, lo más frecuente es que esto se circunscriba a quienes han ocupado posiciones privilegiadas en la organización social. Así, también, en otros casos, los informes indican que el trato social al viejo se vincula con el alto nivel de precariedad y escasez del sustento material de la comunidad. Comúnmente, *la diversidad en el trato social ha sido relacionada con las características de la vida económica* –según se trate de comunidades

trashumantes, nómadas o sedentarias, cuyo sustento provenga de actividades relacionadas con la caza, la pesca, la recolección, la ganadería, la agricultura, etc.–, *así como también con la importancia que en una u otra comunidad puede adquirir la experiencia y el saber acumulado, con el alcance de que ese saber no está exclusivamente relacionado con la actividad económica, sino que en muchos casos está asociado al valor de la tradición, la magia, la ley oral, los rituales, la religión, entre otras.*

Consignemos que, no obstante el papel decisivo que al respecto adquieren las tradiciones, los valores y creencias de un pueblo, *de acuerdo a la literatura etnográfica sobre la diversidad en el tratamiento social de los más envejecidos, en buena parte de los casos el trato social y el rol social de los más viejos están con frecuencia relacionados con el poder y las posesiones que ellos pueden o no detentar en sus sociedades.* [2]

2. Hoy en día, la fuerza en la multiplicidad de cambios que acompañan al envejecimiento y la vejez del ser humano, ha significado que este proceso sea visualizado, de manera creciente en las últimas décadas, desde nuevas codificaciones y comience a entenderse de diversas maneras y desde distintos ángulos. Así, desde una preocupación y un lenguaje centrados en la geriatría se ha transitado hacia una complejidad que ha ido reclamando otras aproximaciones, ya desde la gerontología, a partir de los dominios de la demografía, la psicología, la sociología, la antropología y la economía, y, desde hace menos tiempo, a partir de un imaginario cultural desde los ámbitos de la ética, el derecho y la política, principalmente.

En otras palabras, nuestras tradicionales formas sociales de observar a la vejez, por un largo transcurso decididamente asociadas a la enfermedad y la decrepitud, han dado paso a algunas señales de cambio en el orden de recodificaciones en las distintas disciplinas. También desde hace pocos años, hay atisbos de cambio en relación a ciertas acciones, apreciaciones y valores relacionados con el reconocimiento y la actualización de los derechos y con las capacidades y potencialidades de las personas mayores[3].

3. Intentar acercarnos al tema del envejecimiento y la vejez desde una mirada compleja-integrativa, invita a estar abiertos a lo innovativo, lo crítico y lo creativo. Asimismo, exige la apertura y flexibilidad para que se articulen y confluyan distintos saberes, a la vez que, si es posible, darle forma a nuevas iniciativas que involucren a los propios mayores. Sin embargo, una sociedad que entroniza el consumo, el espectáculo y el individualismo no constituye un escenario favorable. Más aún, si el paradigma cultural que prevalece entre nosotros nos obliga a hacer un esfuerzo para no ser presas, al menos no conscientemente, de la tendencia racional a fragmentar, a medir y a disolver el ser humano que campea en la sociedad actual.

4. En este último sentido, las ideas de lo integral, de lo ambiguo, de lo paradójico, de lo latente, del movimiento y la mutación, entre otras, pueden ser sugerentes a la hora de reflexionar *en torno a las interconexiones y enlaces que rodean la compenetración entre las dimensiones biológica, psicológica, social, cultural y medioambiental que se hace tan patente en el tema del envejecimiento y la vejez.* No obstante, la complejidad de la tarea es inmensa. *El entrelazamiento de los niveles micro/macro así como entre una y otra dimensión (biológica, social, psicológica, cultural, otra) no forma parte de la visión del mundo que prevalece entre nosotros; menos una práctica frecuente en nuestro entendimiento aplicado para conocer el envejecimiento y la vejez del ser humano.* [4]

(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/envejecimiento-652.jpg>).

5. *El tema del envejecimiento y la vejez forma parte de la trama del ser humano y, por consiguiente, de la sociedad y la cultura. Involucra un proceso multidimensional que, como un conjunto en el que todas y cada una de sus dimensiones se compenetran unas a otras, repercute en las diversas circunstancias que rodean a una u otra generación* [5], *a uno y otro grupo o estrato social, así como en las cualidades naturales y adquiridas de los propios individuos.*

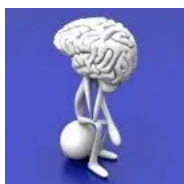


6. Una manera de aproximarnos al tema, que tal vez pueda contribuir a perfilar una mirada multidimensional, es visualizar al proceso del envejecimiento y la vejez como *las transformaciones de las relaciones entre las dinámicas del desarrollo humano y las trayectorias de vida de los individuos con las dinámicas de la organización social*.^[6] Es decir, es un proceso que sugiere *la doble necesidad de: i) considerar el desarrollo humano como un fenómeno multidimensional en el que se engloban y articulan la estructura social y las subjetividades, es decir, las distintas dimensiones del entorno natural y social y lo humano; y, también, ii) como un conjunto de procesos que, a lo largo de las trayectorias de vida, muestran la unidad multifacética del ser humano y su diversidad en la sociedad*.^[7]

7. En la actualidad, en la sociedad moderna, estamos en un momento en que se transita a nuevas definiciones sociales sobre una y otra edad. En efecto, según varios estudiosos, ha sobrevenido un cambio de los tiempos sociales y de la organización tradicional de las edades. Más aún, según algunos, *existe un desfase entre las expectativas y necesidades y las exigencias sociales y los recursos y oportunidades que la sociedad ofrece a las diferentes clases de edad*^[8]. Son muchos, y de variada índole e importancia, *los fenómenos sociales asociados a esta reorganización de las edades*. Mencionemos algunos de ellos. La temprana institucionalización de la infancia conocida como la escolarización de la niñez^[9]; la extensión de los años de preparación de los jóvenes para la futura inserción laboral, la que, a menudo, conlleva una prolongación de sus vidas en los hogares paternos y también a una postergación de la paternidad y la maternidad; otros fenómenos asociados al incremento de la esperanza de vida del ser humano: el mayor número de personas mayores como jefes de hogar; más abuelos y bisabuelos encarnando la memoria familiar y colectiva; la viudez como una condición predominantemente asociada a la mujer mayor; entre otras. *Se trata de un proceso social que está en pleno curso y cuya complejidad y magnitud, con dificultad, nos permite prever parte de sus múltiples consecuencias*.

8. Una última consideración. En nuestra opinión, la vejez es una de las edades, quizás *la edad*, menos equiparable entre unos y otros sujetos. En esta edad, los individuos reflejan diferencias importantes en el modo como se ha vivido y envejecido y en el como se vive la vejez. Diferencias en relación a la salud, la participación, el poder y el nivel simbólico, están fuertemente marcadas por el género y la clase social del individuo, en la medida que, por lo general, dichas variables en nuestra sociedad se relacionan decisivamente tanto con la posesión de los recursos materiales, espirituales, biológicos, sociales e intelectuales que el individuo tiene a lo largo de su vida, como con las oportunidades a las que accede y las experiencias que el individuo acumula.

Los esfuerzos para contribuir a un cambio cultural que potencie nuestra condición humana, raramente consideran la contribución que los mayores pueden hacer al desarrollo de sus comunidades y del país. Una mejor calidad de vida que supere la actual situación de marginación y discriminación de las personas mayores y que signifique un paso importante en una auténtica inclusión de los mayores, constituye un desafío que nos implica a todos y que se juega en los distintos niveles de nuestra vida personal y pública. Se trata de mejorar la calidad de nuestros intercambios e interacciones. En fin, consiste en contribuir a promover e impulsar un nivel de conciencia en nuestra sociedad que haga visible la amplitud e importancia de las múltiples consecuencias, desafíos y oportunidades que en los distintos planos de la existencia acompañan al envejecimiento poblacional e individual.



(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/interrogacic3b3n-51.jpg>)⁹.

Un último antecedente, junto a otras reflexiones finales que esto conlleva, dice relación con nuestro colectivo AÑOS.^[10] El trabajo realizado por Años en el campo del envejecimiento y la vejez, ha tenido un sello que, en sus aspectos centrales, responde a visualizar a *la persona mayor como un sujeto de derecho y, a su vez, como un agente social que debe formar parte y ejercer, con sus capacidades y potencialidades, la ciudadanía activa de la comunidad a la cual pertenece*. En esta dirección, nos inspira lo que hemos denominado el *“paradigma del envejecimiento productivo”*. Este, en lo medular, entiende por *“productividad aquello que puede o no referirse al ámbito de la generatividad económica, pero que además implica el más amplio espectro del funcionamiento en sociedad: desde la producción de ideas hasta la producción de redes sociales, organizaciones de base, mecanismos de*

solidaridad, proyectos. En la esfera de lo individual, la productividad refiere al hacer con sentido con uno mismo y se es productivo desde cuando se asiste a una charla hasta cuando se hace actividad física o deporte”.[11] Sin embargo, por el contrario, en nuestra sociedad aún prevalece la mirada en que envejecimiento y desarrollo marchan disociadamente, otra expresión más que devela el hábito mental y racional de concebir las cosas de manera fragmentaria. El paradigma cultural que prevalece y orienta la gran mayoría de las iniciativas a todo nivel privilegia las definiciones que ubican la adultez mayor y la vejez en términos de la estigmatización, la victimización, la carga social y el retiro. Y cuando se aproximan a pensar el desarrollo de la sociedad junto al envejecimiento de la población, “la mirada (...) gira en torno a los efectos e impactos que sobre el desarrollo tiene, por ejemplo, el hecho del acelerado envejecimiento poblacional en materias de salud, previsión social, modificaciones de la fuerza de trabajo, en las formas de producción, etc. o sobre la sobre-exigencia que recae en el gasto social del Estado por el pago de pensiones, por nombrar algunos de los aspectos del envejecimiento más debatidos, cuestiones todas co-solidarias con el espacio “carga social” que, entre otros, estigmatiza la vejez y el envejecimiento”.[12]

[1] Al respecto, se sugiere la lectura de un texto clásico en el tema, el libro “La Vejez” de Simone de Beauvoir.

[2] Sobre este tema, puede resultar valioso acercarse a la propuesta teórica de P. Bourdieu y, en especial, en torno a las nociones de tipos de *capitales (económico, social, político, cultural y simbólico)*, y de *habitus y de campo*.

[3] El hecho más significativo, después de la jubilación como parte de un sistema de seguridad social instaurado a fines del siglo XIX en Alemania, ha sido la aprobación de Los Principios de las Naciones Unidas en favor de las Personas de Edad, en la Asamblea General de las Naciones Unidas de diciembre de 1991. A nivel local, cabe consignar sobre este tema, la reciente ley contra la discriminación destinada a sancionar judicialmente los actos arbitrarios que discriminen a cualquier persona, entre otros factores, por razones de edad.

[4] En este sentido, los grados de complejidad se hacen evidentes al abordar el tema humano incluso al interior de una misma dimensión. Así, con el propósito de ilustrar parte del desafío interdisciplinario que esto implica, un ejemplo típico se relaciona con la importancia que en el estudio del nivel de lo cotidiano adquieren las intersubjetividades y las miradas de los propios actores. Sin embargo, como se ha reparado con anterioridad, difícilmente se puede desconocer que el nivel de lo cotidiano guarda relación directa con los factores culturales que moldean a los individuos y que los predisponen a comportarse, sentir y pensar de una cierta manera en una misma situación. No obstante, hay que reconocer que en las teorías sociológicas y antropológicas son escasas las conceptualizaciones que posibilitan una articulación dinámica entre el nivel de lo cotidiano y lo social, o bien entre lo humano y la dimensión de lo social y lo cultural.

[5] El concepto “generación” dice relación con el cómo la situación definida por el nacimiento en el tiempo cronológico de los individuos puede constituir un condicionante de los mismos al compartir “un mismo cuadro de vida histórico social”, es decir, al “participar en los mismos acontecimientos, en la misma vida, etc. y, más aún, de hacerlo a partir de una misma forma de estratificación de la consciencia”. (Mannheim, K. 1990:52).

[6] Al respecto, y en esta dirección, destacan los estudios de especialistas como A.M^a. Guillemard, V. Bengston, L.D. Cain, K. Schaie, M^a.J. Oddone, J.A. Yuni, Guillermo Henríquez, entre otros.

[7] Entre otros aspectos, siguiendo a E. Morin, el ser humano es un ser físico y metafísico, un ser natural y cultural, un ser creativo y destructivo, que dialoga entre lo que es “real” y lo que es “imaginario”. Las diversas facetas del ser humano, a lo menos, refieren a las nociones de lo corporal, espiritual, instintivo, emocional, lo cognitivo y lo intuitivo.

[8] Pueden ser útil para una reflexión en este sentido, las conceptualizaciones de “*clases de edad*” (niñez, adultez, juventud, vejez, otra) y “*tipos de edades*” (biológica, sentida, social, cronológica, otra).

[9] Paradojalmente, dada la penetración que en la sociedad moderna tiene la tecnología de la informática y de las comunicaciones, existe un desfase creciente entre la escuela y el mundo del educando.

[10] El trabajo que desde hace poco más de dos décadas este grupo de profesionales ha realizado como Años, ha tenido un sello que, en sus aspectos distintivos, responde a concebir a la persona mayor como un sujeto de derecho y, a su vez, como un agente social que debe formar parte y ejercer, con sus capacidades y potencialidades, la ciudadanía activa de la comunidad a la cual pertenece.

[11] “Adulto Mayor: Contexto + Subtexto.” Una antología de textos gerontológicos para la construcción de una nueva agenda. Texto de Años como parte del proyecto Observatorio Social Envejecimiento y Vejez. 2006, p.4.

[12] Ibid.

Publicado en Deconstrucciones

Etiquetas: complejidad del envejecimiento, multidimensionalidad, edades, generación

Deja un comentario

Género y envejecimiento, así las cosas

Patricio Ríos Segovia
Años Consultores

Ya ha sido observado profusamente que las mujeres son más longevas que los hombres y que este es un rasgo universal del envejecimiento



(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/mujeres-mayores-al-trabajo.jpg>) poblacional. Asimismo, en todos los contextos sociales, mujeres y hombres no envejecen del mismo modo.

La realidad del género impone su sesgo, aunque los estudios existentes en esta dirección no sean frecuentes. Es un hecho patente la escasez de literatura y de investigación que explore el entrecruce envejecimiento/género. Ni en el campo del género hay mucha atención puesta sobre la mujer mayor ni la producción sobre el envejecimiento ha independizado y desarrollado esta área.[1] Asimismo hay consenso en destacar un conjunto de áreas de preocupación en la situación de las mujeres mayores:

i) la carencia de autonomía de la mujer mayor, resultado de la estructura de roles que, en la práctica, implica la subordinación femenina al dominio masculino en la cual ha envejecido y que:

i.i) ha determinado que se haga cargo del cuidado de los hijos, de las personas enfermas, y, en general, del espacio privado, todos desempeños no remunerados; adicionalmente, la ingravidez mercantil de este tipo de trabajo hace que sea ignorado incluso como una contribución real a la economía por parte de las elites burocráticas;^[2]

[1] Existe una notable riqueza de información disponible, tanto sobre pobreza como sobre envejecimiento, pero la mayoría de esa información carece de un análisis de las diferencias y desequilibrios de poder basados en género y su impacto sobre la vida de la adulta mayor. Esto afecta nuestra capacidad para comprender en profundidad tanto los desafíos y dilemas que enfrentan las mujeres como los hombres de edad y dificulta el diseño de políticas, estrategias e intervenciones ajustadas a pertinencia. Barbot-Coldevin, Joëlle 2000 : 258

[2] El aporte a la economía de la mujer sin empleo remunerado, pero a cargo de una productividad social estratégica constituye un punto destacadísimo dentro de la racionalidad feminista: “paralelamente a las relaciones de mercado, una proporción elevada de la población está ocupada en la producción no pagada, ligada sólo indirectamente con el mercado. Las mujeres se concentran desproporcionadamente en este tipo de trabajo, que incluye tareas familiares agrícolas —en particular, pero no sólo en economías de subsistencia— trabajo doméstico y trabajo voluntario. En las sociedades contemporáneas, las mujeres realizan la mayor parte de las actividades no remuneradas. De acuerdo con las “estimaciones aproximadas” del PNUD a nivel mundial, si las actividades no remuneradas fueran calculadas en relación con los salarios predominantes, éstas equivaldrían a 16 billones de dólares o aproximadamente a 70% de la producción total mundial (23 billones de dólares). De estos 16 billones de dólares, 11 billones o casi 69% lo representa el trabajo de las mujeres (PNUD, 1995).” (Benería Lourdes, 1999: 24)

Existe una notable riqueza de información disponible, tanto sobre pobreza como sobre envejecimiento, pero la mayoría de esa información carece de un análisis de las diferencias y desequilibrios de poder basados en género y su impacto sobre la vida de la adulta mayor. Esto afecta nuestra capacidad para comprender en profundidad tanto los desafíos y dilemas que enfrentan las mujeres como los hombres de edad y dificulta el diseño de políticas, estrategias e intervenciones ajustadas a pertinencia. Barbot-Coldevin, Joëlle 2000 : 258

El aporte a la economía de la mujer sin empleo remunerado, pero a cargo de una productividad social estratégica constituye un punto destacadísimo dentro de la racionalidad feminista: “paralelamente a las relaciones de mercado, una proporción elevada de la población está ocupada en la producción no pagada, ligada sólo indirectamente con el mercado. Las mujeres se concentran desproporcionadamente en este tipo de trabajo, que incluye tareas familiares agrícolas —en particular, pero no sólo en economías de subsistencia— trabajo doméstico y trabajo voluntario. En las sociedades contemporáneas, las mujeres realizan la mayor parte de las actividades no remuneradas. De acuerdo con las “estimaciones aproximadas” del PNUD a nivel mundial, si las actividades no remuneradas fueran calculadas en relación con los salarios predominantes, éstas equivaldrían a 16 billones de dólares o aproximadamente a 70% de la producción total mundial (23 billones de dólares). De estos 16 billones de dólares, 11 billones o casi 69% lo representa el trabajo de las mujeres (PNUD, 1995).” (Benería Lourdes, 1999: 24)

i.ii) la existencia en el mercado de trabajo de condiciones tales que han dificultado el acceso de las mujeres a empleos bien remunerados o que han determinado que reciban remuneraciones inferiores a los hombres por el mismo trabajo.

En este sentido, resulta evidente que la carencia de ingresos propios de las mujeres o las dificultades para acceder a ellos a lo largo de la vida tendrán serias consecuencias una vez alcanzada la adultez mayor. Un documento de la CEPAL lo ilustra del modo siguiente, refiriéndose al fenómeno de la feminización de la pobreza: “El análisis de las personas que no tienen ingresos propios permite una aproximación a la pobreza femenina desde el punto de vista de la autonomía económica, es decir, la capacidad de generar ingresos y tomar decisiones sobre los gastos. En el 2002 se observó que en las

áreas urbanas de la región, casi el 43% de las mujeres mayores de 15 años carecían de ingresos propios, comparado con solo el 22% de los hombres. Las mujeres rurales tenían una dependencia económica todavía mayor en todos los grupos etarios... Además, el 61% de las cónyuges de hogares pobres (y el 42% de las de hogares no pobres) carecía de ingresos propios, reflejando la falta de autonomía económica y las altas posibilidades de ser pobre o caer en la pobreza que afectan a una gran proporción de la población femenina, sobre todo si se modifican sus circunstancias familiares y



conyugales (viudez, rupturas matrimoniales)”

(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/mujeres-mayores-8.jpg>).

i.ii) la existencia en el mercado de trabajo de condiciones tales que han dificultado el acceso de las mujeres a empleos bien remunerados o que han determinado que reciban remuneraciones inferiores a los hombres por el mismo trabajo.

En este sentido, resulta evidente que la carencia de ingresos propios de las mujeres o las dificultades para acceder a ellos a lo largo de la vida tendrán serias consecuencias una vez alcanzada la adultez mayor. Un documento de la CEPAL lo ilustra del modo siguiente, refiriéndose al fenómeno de la feminización de la pobreza: “El

análisis de las personas que no tienen ingresos propios permite una

aproximación a la pobreza femenina desde el punto de vista de la autonomía económica, es decir, la capacidad de generar ingresos y tomar decisiones sobre los gastos. En el 2002 se observó que en las áreas urbanas de la región, casi el 43% de las mujeres mayores de 15 años carecían de ingresos propios, comparado con solo el 22% de los hombres. Las mujeres rurales tenían una dependencia económica todavía mayor en todos los grupos etarios... Además, el 61% de las cónyuges de hogares pobres (y el 42% de las de hogares no pobres) carecía de ingresos propios, reflejando la falta de autonomía económica y las altas posibilidades de ser pobre o caer en la pobreza que afectan a una gran proporción de la población femenina, sobre todo si se modifican sus circunstancias familiares y conyugales (viudez, rupturas matrimoniales)”

En las zonas rurales, esta situación es todavía más crítica

AMÉRICA LATINA (PROMEDIO SIMPLE, 16 PAÍSES ZONAS URBANASa 13 PAÍSES ZONAS RURALESb):

POBLACIÓN SIN INGRESOS PROPIOS, POR SEXO Y TRAMOS DE EDAD, ALREDEDOR DEL 2002
(En porcentajes del total de cada sexo)

Zonas Urbanas			
Tramo de edad	Mujeres	Hombres	Total
15-24	13	49	62
25-34	25	12	37
35-44	26	7	33
45-59	27	8	36
60 y más	23	15	38

Total	21	22	43
Zonas rurales			
Tramo de edad	Mujeres	Hombres	Total
15-24	27	45	71
25-34	42	12	55
35-44	44	6	50
45-59	47	5	52
60 y más	33	13	45
Total	37	20	57

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay.

b Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú y República Dominicana.

ii) la debilidad de ingresos que sufre la mujer mayor, aumenta su dependencia para su subsistencia de beneficios o donaciones mínimas del estado o de la ayuda familiar y/o filantrópica. En América Latina, "más de la mitad de las personas mayores de 65 años no dispone de ingresos de la seguridad social" ... "se estima que entre el 50% y el 80% del total de adultos mayores obtiene beneficios exiguos que los mantienen en situación de alta dependencia económica y vulnerabilidad social" [1]

iii) acceso al empleo más restringido que para los hombres en igualdad de condiciones de preparación. Este fenómeno es posible observarlo en el cuadro siguiente :

América Latina: Tasa de desempleo de hombres y mujeres por años de estudio en las zonas urbanas, 1990-2000 (porcentajes)

Años de estudio	0-5	6-9	10-12	13 y +
1990				
hombres	4.0	5.5	5.3	2.74
mujeres	3.9	7.4	7.3	3.87
brecha	-0.0	1.9	2.0	1.14
relación	1.0	0.7	0.7	0.71
2000				

hombres	7.7	10.8	9.7	9.75
mujeres	9.3	14.6	14.0	14.05
brecha	1.6	3.8	4.3	4.30
relación	0.8	0.7	0.6	

Fuente: Elaboración OIT, con base en elaboraciones especiales de las Encuestas de Hogares de los países.

a/ Diferencia entre las tasas de desempleo de hombres y mujeres.

b/ Relación (coeficiente) entre las tasas de desempleo de hombres y mujeres.

Se observa que existe una mayor tasa de desempleo femenino sea cual sea la situación del capital cultural que tengan las mujeres. Por otra parte, es mayor la brecha de desempleo constatada cuanto mayor es el capital cultural de las mujeres. Esta es una señal de que las posiciones más altas del mercado de trabajo, que, por lo mismo, exigen más capital cultural, son esquivas para el desempeño femenino. En la adultez mayor, esta señal, como otras que emite la situación del mercado de trabajo, conduce a la vulnerabilidad.

iv) hogares encabezados por mujeres mayores tendencialmente más pobres que aquellos que tienen jefaturas de hogar masculinas. Esto no sorprende dados los rasgos de la estructura del empleo de las mujeres: “En 2002, la mitad (50.1%) de la ocupación femenina en América Latina se concentra en tres segmentos del empleo caracterizado, en general, por bajas remuneraciones y bajo grado de protección social: el trabajo por cuenta propia (23.2%), la microempresa (11.4%) y el servicio doméstico (15.5%). Para los hombres esas proporciones correspondían, respectivamente, a 24.0%, 19.3% y menos del 0.7%. La calidad de los empleos de las mujeres al interior de esos segmentos en comparación a la de los hombres no mejora en América Latina entre 1990 y 2003: crece el porcentaje de empleadas en el servicio doméstico (1.5 puntos porcentuales); asimismo, la tasa de crecimiento de las ocupadas en la microempresa (1.0 puntos porcentuales) fue inferior a la observada para los hombres (2 puntos porcentuales)”[1]

(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/mujer-mayor-2.jpg>)iv) el desconocimiento de las necesidades específicas de las mujeres mayores por parte de las burocracias estatales que impide que las ofertas estatales en la atención de salud, empleo, educación, vivienda, etc. tengan eficacia y pertinencia.

Condición y posición de la mujer

En la literatura feminista existe una diferenciación neta entre la “condición de ser mujer” y, por otra parte, “la posición de la mujer”.

Los alcances y referencias contenidas en los párrafos anteriores traducen el primero de estos ejes: “la condición de la mujer”

Y es que debe distinguirse entre dos grandes clases de necesidades femeninas:

- las necesidades **prácticas** de género
- Las necesidades **estratégicas** de género

Las primeras están en directa relación con el cumplimiento de los roles que les son asignados por la división sexual tradicional del trabajo: cuidado y educación de los niños, mantenimiento de la casa, cuidado de los ancianos y enfermos, atención al marido y a la familia, mantenimiento de las redes



familiares, servicios a la comunidad.

Las segundas derivan no de los intentos de las mujeres por cumplir obligaciones tradicionales o aun modernas impuestas por la división sexual del trabajo, sino de la creciente toma de conciencia de las mujeres de que las estructuras antiguas de dominio y privilegio masculino no son sacrosantas ni tampoco derivadas de la herencia genética, sino que son imposiciones sociales, y como tales son susceptibles al cambio.

Se entiende que si una política pública dirigida a las mujeres, entre otros objetivos, pretende movilizar y empoderar a las mujeres, habrá de impulsar acciones estratégicas y en su diseño no solo se considerarán las necesidades del cumplimiento de rol.

En nuestro país, tanto el Servicio Nacional para el Adulto Mayor como el Servicio Nacional de la Mujer, este último con carácter ministerial, han explicitado políticas específicas para sus destinatarios. Las personas mayores y las mujeres, respectivamente.

No, todavía, la mujer mayor.

Cualquiera de los Servicios nombrados o coordinadamente podrían dar forma a políticas específicas, transversales e integrales direccionadas a las mujeres mayores.

Recuadro A. Latina: principales problemas de las mujeres mayores

_ falta de educación para toda la vida_ mala salud_ falta de protección legal_ falta de documentos de identidad_ acceso insuficiente a ingresos y servicios sociales_ pocas oportunidades para participar

_ toda una vida lejos de sus hogares

_ toda una vida trabajando como empleadas domésticas para terceras personas.

HelpAge International, *Plan Consulta:*

Resumen (2000).

[1] Abramo, Laís y Valenzuela, María Elena, 2006:47

Publicado el agosto 19, 2012 | Imagen

En torno a los jóvenes de hoy

AGO 15

Publicado por **aosconsultores**

(<https://envejecimientoycultura.files.wordpress.com/2012/08/mafalda-dignidad7.jpg>)Eugenio Gutiérrez Valpuesta

Director de Años Consultores

Junto a la complejidad de la sociedad actual, ha sobrevenido un cambio de los tiempos sociales y de la organización tradicional de las edades y de las trayectorias de la vida de los individuos. Así, la juventud, como también otras edades, está viviendo cierto desfase entre sus expectativas y necesidades y las exigencias sociales y los recursos y oportunidades que la sociedad ofrece.

Los jóvenes han prolongado sus vidas en casa de los padres, y en muchos casos, también, ellos han postergado el compromiso y el establecimiento en pareja, y, con ello, la paternidad y maternidad. Estos hechos redundan, entre otras cosas, en un descenso importante del número de hijos y del tamaño de los grupos familiares. Realidad que en muchos aspectos repercute no sólo en la juventud, sino que a futuro, también, en las condiciones en que se vivirá la adultez y la vejez.

Aprovechar las oportunidades en relación al acceso de bienes y a la amplia diversidad en el orden de la entretención que ofrece esta modernidad guiada por un progresismo economicista, constituye un eje de preocupación central para una gran mayoría, no sólo de los jóvenes, que pasa a ser el motivo central para toda la vida.

Claves y contexto social

Cada vez con más fuerza, nuestra sociedad ha intentado subsumir a la juventud en una preparación y en un razonamiento que entroniza la productividad y los conceptos de progreso y de desarrollo cada vez más discutibles. Aunque hay señales de resistencia, es difícil desconocer que lo anterior está instalado en nuestra época.

En este contexto, los problemas centrales de los jóvenes tienen como base la incertidumbre y las dudas que surgen con miras a su proceso de individuación y de inserción en la sociedad, realidad exacerbada por el ambiente de individualismo y competitividad. Así, en esta edad en la que el desarrollo y la reafirmación de su propia identidad son algo central, los cambios por los que transitan los jóvenes son vividos en medio de diversas tensiones para llegar a constituirse en un individuo singular y único. Si bien la diversidad de tensiones incluye una variabilidad que se amplía según sea el género, la clase social, entre otros aspectos de la situación y condición del individuo, podemos decir que las principales tensiones dicen relación con el deseo y las expectativas de los jóvenes de contar con una mayor independencia y, sin embargo, vivir bajo condiciones de dependencia. Tensiones en el plano de los vínculos entre padres e hijos, tensiones por la aprobación de los pares, por vivir precozmente su sexualidad, por ser valorados por el género opuesto y, de manera soterrada, por vivir la presión de vislumbrar de manera incierta su inserción futura en la sociedad. Todo esto acontece en un proceso de formación y de crecimiento abierto, dinámico, incierto, en el que no es extraño que haya un conflicto generacional en las formas de pensar y de sentir, en las costumbres y reglas del nivel de lo cotidiano.

En mi opinión, aun cuando en estos tiempos campea un progresismo, un mito que procura unificar todo bajo el servicio de la utilidad instrumental, y que en parte se apodera de nuestra subjetividad, confío en la complejidad del mundo de lo cotidiano y en la condición de la juventud. En un sentido más individual, estimo que lo principal en la juventud es cultivar espacios personales y grupales para ir conociendo su ser más profundo, único y singular.

Los jóvenes y sus principales actividades

El problema de la inserción laboral de los jóvenes constituye un tema prioritario en la sociedad chilena, de latinoamérica y el mundo. Esto, junto a la dificultad de los jóvenes de independizarse de la familia de origen, forma parte del proceso de prolongación de la juventud y, muchas veces, constituyen situaciones familiares de tensión y conflicto. Un punto interesante guarda relación con los avances tecnológicos de la época y cierto desfase entre las calificaciones que se supone que entrega el sistema educativo y las demandadas por el aparato productivo. Los datos actuales sobre el rol principal en la vida de los jóvenes nos indican que algo menos de la mitad de los jóvenes en el país

sólo estudia, otro tercio sólo trabaja y poco más del diez por ciento estudia y trabaja[1] (https://envejecimientoycultura.wordpress.com/wp-admin/post-new.php#_ftn1). En este sentido, la precariedad laboral es una realidad que afecta preferentemente a la población joven y, de manera particular, a los jóvenes con menores niveles educativos, quienes se insertan en trabajos informales y de menores remuneraciones. Otro aspecto que está sucediendo respecto de la relación de los jóvenes con el trabajo es que hay una distancia sentida entre las expectativas y aspiraciones que en muchos de ellos está generando el contar con estudios de nivel superior y las condiciones reales que ofrece el mercado de trabajo, lejanas a lo que los jóvenes esperan.

Los jóvenes y las relaciones de pareja

Las relaciones de pareja en los jóvenes han cedido su rigidez propia del modelo patriarcal y hoy pasan a formar parte de un proceso de cambios abierto cuyas múltiples consecuencias no son del todo predecibles. Como se sabe, hoy en día destaca la temprana iniciación sexual de los jóvenes, una tendencia general hacia una maternidad tardía y el retraso en la edad en que establecen uniones de pareja. Sin embargo, la estratificación social, según estadísticas al respecto, nos informa de un importante incremento de los embarazos en adolescentes de los sectores populares, alcanzando el embarazo no planificado en el segmento más precario más de un tercio de las jóvenes menores de veinte años.

Hoy hay una transformación profunda de las formas tradicionales de la vida de pareja y la vida cotidiana de familia. Todavía podemos apreciar señales claras del modelo cultural femenino sobre el que se sustentan asimétricas relaciones de género. No obstante, no podemos desconocer que en las jóvenes ya se ha instalado una separación de sexualidad y maternidad y que, además, hay un cambio profundo del marco jerárquico de la autoridad masculina. En este sentido, la mujer ha privilegiado los estudios y el trabajo, presentando una tendencia creciente a una maternidad tardía. Es que en la población más joven, cada vez con más fuerza, se cuestionan los modelos patriarcales y se proclama una mayor apertura y liberación acerca de los preceptos sociales de género y sexualidad. Sin embargo, estas transformaciones son dispares y heterogéneas. Las diferencias en el acceso a una variedad de recursos culturales constituye un factor importante en la diversidad de las disposiciones personales de la población más joven en los temas de sexualidad y de las identidades y las relaciones de género. En este complejo marco, en donde se presenta un cuestionamiento a los roles de la masculinidad clásica, los roles masculinos del clásico cuño machista, entendido este como la dominancia masculina de hombres sometiendo a mujeres, en algunos sectores populares han reaparecido con inusitada fuerza en las pandillas los ritos de iniciación para ingresar a ellas, como respuesta a la crítica y al resquebrajamiento de su condición de dominancia, como también en los estereotipos de las modas como el *reggaeton* en donde la mujer vuelve a aparecer como objeto sexual en torno a la dominancia de un "macho alfa" rodeado de símbolos de poder como diamantes, pistolas automáticas, gruesas cadenas doradas y exagerados movimientos de connotación sexual.

¿Crisis de identidad?

Creo que tendemos a confundir el cómo se asume uno u otro rol con lo que es conocer nuestro ser más profundo. En mi opinión, la identidad personal es parte de un proceso abierto, dinámico, particularmente durante la juventud, aunque en ningún caso exclusivo a esta edad. Esto porque, aun cuando la persona puede mostrar un conjunto de rasgos propios que la caractericen ante los demás, en su fuero interno, especialmente el joven, puede sentirse, verse y reconocerse a sí mismo de una manera distinta.

En un marco social de incertidumbre, el conflicto principal a esta edad se juega, entre la importancia que adquiere la aprobación de los demás, en particular de sus seres queridos y de sus pares, y, por otra, aquello que de un modo silencioso, casi oculto al ser consciente, se relaciona con el desarrollo de lo que cada uno tiene en su interior, de esa zona más íntima del individuo, cercana a la trascendencia

y la necesidad de sentido, que evalúa nuestras vidas y que sintetiza lo que se vislumbra para el futuro próximo como proyecto de vida. Esta tensión que se vive en la juventud se relaciona con los sueños, los miedos, los deseos, que, con frecuencia, su progresivo olvido termina mutilando la alegría de vivir. En esto, se juegan aspectos de nuestra subjetividad sobre los que, por el racionalismo de la cultura instrumental en la que vivimos, no se acostumbra hablar ni pensar.

Otro aspecto a no olvidar, es que, dada la significativa prolongación de la vida de la población, en muchos casos los abuelos y bisabuelos encarnan la memoria familiar y colectiva y, por consiguiente, ellos pasan a jugar en muchos casos un importante papel en relación a la identidad social de los más jóvenes.

En relación a la identidad en la actualidad, por último, con frecuencia muchos jóvenes en pro de ser aprobados y valorados por sus pares, haciendo uso de los avances tecnológicos actuales, transan su privacidad e intimidad con miras a mostrarse originales. Esto es parte de una práctica humana inédita cuya magnitud desconocemos a futuro, pero la que, a nivel de consecuencias, en este contexto poco coadyuva al joven en el desarrollo de su ser más profundo. En todo caso, no olvidemos que nuestra intimidad e identidad se realiza día a día y nos lleva una vida entera conocerla.

Actitudes de los jóvenes de hoy y los jóvenes de ayer

En el país, al igual que en la mayoría de los otros países latinoamericanos, la cultura del espectáculo en que estamos sumidos, junto a la actual política económica, ha significado para una gran mayoría de la juventud de hoy el crecimiento de las expectativas de consumo pero con serias dificultades para satisfacerlas. En décadas pasadas, esta tensión no presentaba la fuerza con la que se vive actualmente.

Los jóvenes de los años setenta y ochenta vivieron la frustración de sus sentimientos de libertad y de autonomía, lo que marcó, dada la dictadura militar de aquellos años, de manera importante el curso de la vida de una gran mayoría de los jóvenes de ese período. Así, por ejemplo, el sentido social para una parte importante de la población joven, como también de la de los adultos y mayores, estuvo dado, además del hacer familia, por el vínculo a una serie de redes sociales a través de los partidos políticos, las organizaciones civiles, entre otras. En este sentido, el tema de lo social y político marcaba la vida de buena parte de la juventud de dichos años. No obstante, como suele suceder con el mundo de lo cotidiano, esa creciente frustración que significó la exclusión social estuvo acompañada de señales de cambios en varios otros ámbitos. Entre estos, cambios en la relación a una disminución de la autoridad de los padres con sus hijos jóvenes, cambios en pro de la equidad en las relaciones de género, en fin, procesos que hoy están en pleno desarrollo. Así, los jóvenes de hoy son mucho más abiertos a los conceptos culturales que defienden el derecho a la diferencia y a la identidad de varias minorías y crece su participación en los actuales movimientos sociales como la liberación homosexual, el ecologismo, el feminismo, el antimilitarismo. En los jóvenes actuales existe una mayor apertura a una igualdad de género, igualdad en la diversidad, considerando a hombres, mujeres, homosexuales, bisexuales, lesbianas, travestis, etc., bajo los valores de igualdad, libertad y autonomía. Esto, muy probablemente, será parte de un proceso de avances y retrocesos en nuestra sociedad. No obstante, en nuestra sociedad como parte de expresiones de una masculinidad hegemónica homofóbica y patriarcal, aún prevalece la discriminación y la inequidad de género.

Los jóvenes están revisando y cuestionando, en un sentido más integral, los contenidos que prevalecen en relación a los modelos de lo femenino y lo masculino. Con ello se abre una realidad que no sólo afecta el plano normativo y de las reglas sociales sino que las prácticas y la sensibilidad en el orden de las emociones, los instintos, la imaginación, los niveles relacionados con lo cognitivo y lo intuitivo del ser humano. Por mientras, ante la diversidad de la época actual, vivimos en las contradicciones que presenta la coexistencia de patrones patriarcales y otros más igualitarios, estamos

en presencia de una crisis que, en tanto hace más compleja la trama de representaciones simbólicas, tiene una importante repercusión en la vivencia subjetiva, en el sentido de nuestra intimidad así como en nuestras identidades.

El malestar social que desde hace unos años se ha instalado públicamente en el país, y en el que, en mi opinión, se inscriben, también, las actuales demandas del movimiento estudiantil, expresan una fuerza de indocilidad. Parte de ella proviene de nuestra memoria e historia colectiva y, además, de la creatividad viva de la propia condición humana que se resiste a la instauración de un racionalismo y un progresismo economicista que nos quiere seducir y convencer de que se trata de algo definitivo. No obstante, como dice Edgar Morin, pensador francés, en el imaginario el ser humano cuenta con una cualidad que no sólo complementa lo real sino que puede ser una forma antagonista a lo imperante y que, además, suele dotarle de sentido a la realidad.

Santiago, mayo de 2012.

[1] (https://envejecimientoycultura.wordpress.com/wp-admin/post-new.php#_ftnref1). Actividad principal de los jóvenes, 2002 a 2011, Centro de microdatos Universidad de Chile.

Publicado en [Uncategorized](#)

Etiquetas: [desfase entre expectativas de las edades y los recursos ofrecidos](#), [inceridumbre y dudas en el proceso de individuación](#), [inserción laboral precaria](#)

[Deja un comentario](#)

[Blog de WordPress.com.](#)